

# Camino hacia el Poder. Convirtiéndose en Príncipe: desafíos y consideraciones para una ética gobernante

## Path to Power. Becoming a Prince: Challenges and Considerations for a Governing Ethics

Gabriela Baquero Arteaga

Universidad Central del Ecuador

Recibido: 31 de agosto de 2025

Aceptado: 15 de febrero de 2026

---

### Resumen

El texto aborda la complejidad del deseo de poder, haciendo hincapié en los dilemas éticos que enfrentan aquellos que buscan ejercer autoridad. Se reflexiona sobre la forma de alcanzar el poder sin infringir principios éticos, sugiriendo que tanto la virtud como la sabiduría pueden resultar insuficientes para su mantenimiento. Este análisis propone una perspectiva teórica que va más allá de las concepciones tradicionales del conocimiento, centrándose en la ética como una cuestión a superar. Se menciona "El Príncipe" como una obra clave para comprender una ética diferente a la moral convencional. Por último, se plantea una pregunta fundamental: ¿es posible que el poder se fundamente en criterios morales en un contexto que a menudo se presenta como antiético?

**Palabras clave:** poder, Maquiavelo, ética, moral, mal

### Abstract

The text addresses the complexity of the desire for power, emphasizing the ethical dilemmas faced by those seeking to wield authority. It reflects on how to attain power without violating ethical principles, suggesting that both virtue and wisdom may prove insufficient for its maintenance. This analysis proposes a theoretical perspective that goes beyond traditional notions of knowledge, focusing on ethics as an issue to be overcome. "The Prince" is mentioned as a key work for understanding an ethics different from conventional morality. Finally, a fundamental question is posed: Is it possible for power to be based on moral criteria in a context that often presents itself as unethical?

**Keywords:** power, Machiavelli, ethics, morality, evil

---

## Introducción

La pretensión por acceder al poder marcado en varios escenarios históricos, así como en sus protagonistas, refleja una discusión curiosa y reflexiva sobre los complejos mecanismos para conseguir el poder y las consideraciones éticas que rodean esta praxis. En tanto se indaga sobre el proceder de quienes creyeron regentar el poder se vislumbran varias interrogantes sobre cómo ejecutarlo sin transgredir ciertas consideraciones éticas que limitan su ejercicio. A fin de construir un diálogo que nutra el tema en cuestión, este análisis se proyecta en diversas perspectivas tejidas para examinar el problema del poder, en donde la virtud y la sabiduría procuran ser facultades insuficientes para ejecutarlo y conservarlo. Este contexto permite proceder a un cuestionamiento incorpóreo sobre las implicaciones éticas de las decisiones políticas y la naturaleza humana en su búsqueda de poder. Por ende, es fundamental reparar en que la cuestión del poder debe ser vista desde un marco teórico que trascienda la teoría tradicional del conocimiento y de diversas categorías en su construcción parcializada de lo social. Se señalará entonces, seguidamente, una propuesta teórica bajo la cual se interpreta la ética de un gobernante- del hombre con anhelo de poder- y de un acercamiento a prácticas antiéticas desde las que pervive. Maquiavelo puede considerarse un “supermodelo tradicional” de la política, ya

que su obra establece un referente paradigmático para entender la acción política como independiente de la moral personal. Antes de él, gobernar se concebía como inseparable de la virtud y la ética; con *El Príncipe*, la política se presenta como una práctica autónoma, con reglas propias y objetivos estratégicos, donde la eficacia prima sobre la bondad moral. Esta perspectiva permite situar su pensamiento como punto de partida para analizar cómo los gobernantes interactúan con dilemas éticos sin depender de nociones universales de bien o mal.

Si bien “El Príncipe” sienta las bases para entender una ética única destinada a los gobernantes, diferente de la moral tradicional, es el tejido intelectual de los diversos autores que se presentan a continuación, los que realmente advierten una comprensión sobre la naturaleza humana y su vínculo con el poder. Este intercambio de pensamientos pone de manifiesto la necesidad de percibir un sistema ético que trascienda categorías como las del bien y del mal. De este modo, habrá de distinguirse el presente texto como un análisis que evoca de una interrogante antagónica a la que solo un *Príncipe* dará respuesta: ¿es factible que el poder parta de criterios morales ante una práctica completamente antiética?

## Antecedentes

El vínculo entre ética y política ha sido un tema recurrente en la reflexión de numerosos pensadores a lo largo de la

historia. Desde la obra de Maquiavelo (1513), se inaugura una perspectiva que cuestiona la noción clásica de la moral como base del poder político. Su planteamiento, que separa la acción política de los principios éticos, ha generado un punto de partida para debates posteriores sobre la autonomía y los límites del poder.

Autores como Leo Strauss (1957) han destacado que El Príncipe representa una ruptura con la tradición filosófica que orientaba al gobernante hacia la virtud, enfocándose, en cambio, en la confrontación con la realidad política. De manera similar, Carl Schmitt (1927) subraya que lo esencial de la política no reside en la ética, sino en la toma de decisiones y la existencia de conflictos, reforzando la idea de que el poder se sostiene sobre dinámicas que trascienden la moral. Investigaciones posteriores, como las de José Delgado (1999), han abordado específicamente la presencia del mal en la filosofía política de Maquiavelo, señalando que este no es un fenómeno circunstancial, sino un elemento constante en la práctica del poder. Este enfoque se relaciona con los planteamientos de Nietzsche (1886), quien interpretaba el mal no como algo a eliminar, sino como una manifestación de la voluntad de poder y de la vida.

En tiempos más recientes, se ha debatido sobre cómo los discursos éticos y benevolentes en política pueden enmascarar estrategias de control o manipulación. Pensadores como Norberto

Bobbio (1985) y Hannah Arendt (1963) han reflexionado sobre los límites de la moral frente a la acción política, advirtiendo que la simple proclamación de valores virtuosos rara vez es suficiente para mantener un orden de poder estable.

Estos antecedentes evidencian que la relación entre ética, política y mal ha sido explorada desde diversas ópticas, convergiendo en la idea de que el poder difícilmente puede sostenerse exclusivamente sobre criterios morales. La política se presenta así como un ámbito donde la presencia del mal es constante, y donde los gobernantes deben responder mediante estrategias que incluyen astucia, coerción o manipulación.

### **Relevancia para el contexto actual**

El problema del mal en la política no se manifiesta como un fenómeno coyuntural sino como un evento estructural que impregna el poder y sus manifestaciones políticas. El gobernante, el empresario, el líder social o cualquier individuo que participa en lo político no lo crea ni lo destruye: simplemente reacciona ante el mal y constituye prácticas que en cierto punto giran en torno a él. Es desde este marco, en el que el presente texto aborda una mirada de la política como una praxis contradictoria, pues, aunque se intenta camuflar en un discurso guiado por la ética, el mal continúa siendo protagonista permanente de este escenario.

En el contexto actual, si bien no toda la política está suscrita al movimiento de los

líderes políticos, son en general quienes representan el discurso benevolente lleno de promesas de justicia, igualdad o bienestar colectivo que, en la práctica resultan inaccesibles. La lógica política exige decisiones difíciles, muchas veces opuestas a esos principios morales. Así, el mal se manifiesta no como una elección deliberada, sino como una condición natural de la política, frente a la cual el gobernante o el poderoso deben posicionarse.

En América Latina, se pueden observar ejemplos concretos de cómo el ejercicio del poder enfrenta tensiones éticas. Políticos como Andrés Manuel López Obrador, ex presidente de México, o Nicolás Maduro en Venezuela, promueven discursos de justicia e igualdad social, pero en la práctica toman decisiones que muchos consideran dañinas para la población. De manera similar, en el ámbito empresarial, figuras como Elon Musk muestran cómo el poder implica decisiones donde el mal se hace presente, ya sea a través de despidos masivos en Twitter/X o mediante prácticas que restringen la competencia en el mercado. Asimismo, algunos líderes religiosos han utilizado su influencia bajo la bandera de la moralidad, mientras encubren situaciones que evidencian la contradicción inherente al poder que ostentan.

La importancia de esta perspectiva en la actualidad es evidente: la ética en política y en cualquier esfera de poder no puede concebirse como un conjunto de reglas

universales de benevolencia. Lo que se observa es un terreno donde el mal es constante y obliga al poderoso a responder, con decisiones que inevitablemente implican dilemas morales. Comprender esto ayuda a desmitificar las promesas de políticos, empresarios o líderes, y a evaluar sus acciones no por los discursos de bondad, sino por los efectos reales que generan en la sociedad.

**Entre el poder que se busca y el poder que se adquiere. *El Príncipe del linaje ¿Cómo partir de criterios morales ante una práctica completamente antiética?***

De existir un principio unívoco en la esfera de lo social, se referiría al poder y a su extremo de la política como si de una suerte de hermanos remotos de se tratara. Poder, incluso en sus connotaciones más ideológicas es aquella idea compuesta que impregna todo lo que toca. La visión de la fuerza para ejecutar, disponer, controlar; una idea que se materializa en la capacidad de dominar y poseer incluso en los límites inadvertidos de la genealogía de su término. Si se tratase de Foucault, habría que desplegar el abanico de posibilidades en las que el poder pervive y se ejecuta en un episodio de megalomanía, llamémosla, social. Pero siendo el poder una esencia pretendida en todo individuo consciente, este se ilustra como un espectro intangible al que no se trata de sujetarlo sino de ejecutarlo. Antes de ello, el poder reposa en una masa ontológica entre el ser y la nada. Esperando a

enajenarse de sentido; se hace y se deshace en varios lugares a la vez, en múltiples tiempos, en una espera interminable de conquista destinada a objetivos diversos; algunos de ellos, fines limitados por cuestiones morales, algunos otros, fines destinados al quehacer del mal. Partir de esta retórica encamina a una de las inquietudes más volátiles y ambivalentes en el devenir del signo. *¿Cómo se accede al poder?* Pero siendo aún una interrogante poco constituida ante una dinámica compleja que no admite vacilación; la fuerza de su acto obliga a formular una pregunta más acertada, *¿cómo ejecutar el poder en una dinámica en la que aun poseyéndolo es imposible acceder a él?*

Regresando al tradicional esquema sobre el poder clásico, no es difícil caer en las semblanzas aristotélicas que conjugan virtud y poder desde una mirada ingenua y optimista como si de sinónimos se tratara. Basta con recordar que a lo largo de la historia el poder ha sido objeto de linajes y desavenencias estructurales legitimadas desde la cuna. “Los hombres virtuosos lo son principalmente por su nacimiento noble” (Knoll, 2017, pág. 88), indica Aristóteles en tanto marca como huella imborrable de la historia la creencia de que la hegemonía por herencia y la nobleza del

legado detentan la virtud y con ella el ejercicio del poder.

Pero no todo hombre que posee el poder por linaje ha logrado corroborar esta máxima. El más claro ejemplo podría invocar a Luis XVI al que el poder le sobrevino en lo que se consideraría un estado de incapacidad. La historia es enérgica en considerarlo como un personaje negativo en la influencia y posterior fracaso del régimen monárquico-constitucional de 1791. Aquello no se debe únicamente a su falta de empatía o al estilo de vida opulento que contradictoriamente ascendía en plena época de crisis económica y social. En sentido amplio, abordar la participación política de Luis XVI significa superar reduccionismos y temporalidades políticas en donde *lo nuevo no termina de nacer y lo muerto no termina de morir*<sup>1</sup>.

Si se tratase de Gramsci, se diría que esta última frase proclamaría las temporadas de crisis como un determinismo. Y sería lo correcto. Así se lograría comprender por qué Luis XVI instauró su política sobre la base de un orden lógico altamente reaccionario que influiría en el contexto de pensar y ejecutar la política. La virtud de la que ostenta entonces el aristócrata se traduce como insuficiente a la hora de conectarse con la realidad. Su educación, fuera de evidenciar la sabiduría de la que

<sup>1</sup> Gramsci usa la idea de *lo nuevo no termina de nacer y lo muerto no termina de morir* para describir que el paso de un bloque histórico a otro, constituye un limbo caracterizado por un

contexto de inestabilidad en donde prima la pugna ideológica de las clases por establecerse, aun cuando la hegemonía de los contextos de antaño predomina.

el noble se congratula, frenó los cambios y dificultó la adaptación progresista de las nuevas ideas de la ilustración que más tarde adoptarían incluso una postura peligrosamente regicida. Frente al cierre visionario de un gobierno indecible:

Los revolucionarios se convencieron de que podían modelarlo a voluntad: “Hemos destruido todo, se ha dicho: Es que había que reconstruir todo. Como se puede observar, ambos regímenes de historicidad constituyen dos formas totalmente opuestas de experimentar la temporalidad y concebir la política. El primero de ellos está orientado hacia la trascendencia, el segundo hacia la inmanencia (Escalante, 2016, pág. 282)

En términos generales, la virtud que contextualiza al régimen de Luis XVI es insuficiente y escasa ante la necesidad de comprender las implicaciones y el desfase de carácter social, razón por la que se habla de un contexto en el que el poder es una cuestión inaccesible y etérea incluso en circunstancias legítimamente cedidas por la herencia. La desconexión del saber y el hacer en la trama de lo político y en la trama de la política, inhabilita el poder del aristócrata incluso si es el único que lo posee por completo en sus manos. La supremacía le palidece mientras deja entreabierto la puerta de las artes más oscuras y abyectas a fin de disimular ser aún el acreedor del poder.

Un hombre ordinario —escribía Manon Roland—, elevado sobre el trono, instruido desde la infancia para disimular, adquiere

muchas ventajas para tratar con los hombres; el arte de mostrar a cada uno lo que a él conviene solamente dejarle ver, no le resulta más que un hábito, cuyo ejercicio le otorga la apariencia de habilidad: habría que haber nacido idiota para parecer tonto en una situación semejante (Escalante, 2016, pág. 284)

Maniobrar la política es el arte acortado de hábitos que se extingue ante el ejercicio de *saber* conducir el poder. A decir verdad, “habría que reconocer que ni los propios revolucionarios comprendieron y dominaron del todo el nuevo modo de practicar la política del 1789. Fue dicha incompreensión la que le costó la vida a tantos, incluido, por supuesto, el propio Luis XVI” (Escalante, 2016, pág. 284). En este sentido, partir de comprender al poder como un ente ambivalente que trasmuta en cada escenario y en cada tiempo, simplifica la paradoja de concebirlo incluso junto a la moral, incluso sin ella. Entender la política a través de la moral profundizó la incompreensión en las prácticas de Luis XVI a tal punto de alzar un ordenamiento de justicia para el Rey desprovisto de su elemento político y más cercano a un derecho de aspecto natural. “Los ilustrados desenmascaran al rey en cuanto hombre y, en cuanto hombre, éste no puede ser otra cosa que un usurpador” (Escalante, 2016, pág. 290).

Son ejemplos como el de Luis XVI los que cuestionan efectivamente la inherencia entre poder y virtud increpando su naturaleza dual y acentuando más bien el

subtexto paradójico. De hecho, desde Séneca ya se precisaba una doctrina de orden político que traspasara la virtud en una suerte de sabiduría expresada en episteme. Es necesario, entonces, plantear al poder como un elemento que se dirige con virtud pero que se construye y ejecuta desde el conocimiento. La virtud concedida como un elemento aislado, se perturba en una serie de habilidades que disimulan la privación del elemento político auténtico mientras que en el vacío apenas resuena el poder apócrifo del linaje.

Desde este marco, virtud y sabiduría apenas compendian el manual de lo que en teoría aproximaría el poder al gobernante. Pero entonces surge una interrogante como fruto de la aporía entre virtud y poder, entre ética y política. *¿Cómo partir de criterios morales ante una práctica completamente antiética?* Bajo la mirada de un hombre noble que choca por coincidencia con el poder y cuyo destino reposa en una práctica contradictoria, en la paradoja eterna de cimentar fines morales desde los que se ejecute poder.

**Anatema y Poder. El Príncipe inmolado: suministros de la autodestrucción.**

“Primero está el *poder del deseo* y luego el *deseo de poder*” (Lutz, 2012, pág. 323). Pero el poder es un deseo que no se autosatisface. Requiere de una búsqueda incesante por la distinción y la superación de un semejante. De la conquista. De un cuerpo dominado a tiempo para percibirse en un estado superior, etéreo, aun alejado

de Dios. La dominación por la fuerza, el adoctrinamiento en la economía y en la cultura, las redes de la información y demás expresiones del poder; son apenas algunas de las manifestaciones en las que este ha deseado ser visible. De hecho, es la misma historia quien lo exhibe como a un protagonista y apela a su público a señalarlo como si de una especie de cacería de bruja se tratara. No obstante, y fuera de referirse a él como un campo de estudio exhaustivo y altamente conocido, el poder conlleva un aspecto familiar que se naturaliza gradualmente hasta desdibujar la conciencia de quienes realmente creen reconocerlo. Es allí en donde se evidencia la naturaleza peligrosa de su acto. En la inmanencia, puesto que se basta a sí mismo para deshacerse y para materializarse; en su carácter fortuito que deja cual espectro una estela de escenarios, paradigmas y bloques históricos que traspasan el pasado; por su voluntad vírica que incluso termina por invadir el cuerpo del ejecutivo o del líder soberano.

El poder sin virtud envilece. Y es esa la conclusión que se podría obtener al analizar el personaje de Robespierre. Pero la virtud es un signo volátil para quien lo regenta. Mientras que para Luis XVI la virtud es una cuestión ética de legitimidad monárquica que acredita la autocracia; para Robespierre es el instrumento de la República que justifica la acción política en cualquiera de sus formas, incluida la violencia y la represión. “Todo lo que se

aparte de la virtud, que tienda al egoísmo y al deseo de cosas superfluas, debe ser duramente reprimido” (Olszevicki, 2014, pág. 133). En términos de referencia, la apreciación particular del contexto parisino entre 1789 y 1794 retrata una virtud idealista construida sobre la base de un ordenamiento jurídico establecido por el ejecutivo. En ella prima el amor a sus leyes y la defensa contundente de la República en contextos absolutos sin límite en su ejercicio o función. Por ello, no es de sorprenderse que para fines de 1794 se haya inaugurado una etapa oscura de gobierno bajo índices completamente reglamentarios instituidos en una doctrina sencilla pero efectiva; el conocido *Reinado del Terror*<sup>2</sup>.

“La fase jacobina de la Revolución francesa está fundada sobre un crimen” (Olszevicki, 2014, pág. 127). Pero eso se comentaría si únicamente se encauzara en una época contemporánea. Bastaría pasar por alto la combustión política generada por los adversarios del régimen para asegurar que Robespierre dirigió la acción política hacia una suerte de transgresiones morales imprecisas que impulsarían un gobierno de terror sin ánimo particular. Lo cierto es que para legitimar su poder requería justificar estas prácticas abyectas con un imaginario de terror que moldeara todos los aspectos de la cultura e hiciese de la República el

único medio capaz para regular la perversión natural de la sociedad. “El Terror no puede ser eterno, puesto que no se trata de un fin en sí mismo (...) Y esto Robespierre lo sabe muy bien” (Olszevicki, 2014, pág. 130) Por ello, logró adoptar formas efectivas de coerción ideológica que justificaran la pena de muerte, contra todo pronóstico racional. “Terror y virtud son las dos caras de una misma moneda. Una vez que triunfe la virtud, el Terror podrá ser superado” (Olszevicki, 2014, pág. 131). O eso es lo que al menos una experiencia limitada y una autoridad infundada le haría creer.

Es posible que la idea de Dios sea una ficción, pero es una ficción útil, en tanto y en cuanto le sirve al hombre para dirigir sus intereses hacia fines elevados. El Ser Supremo existe porque *sirve* que exista (Olszevicki, 2014, pág. 137)

Erigir una clase de virtud para consumir exigencias individuales solo puede ser visto desde un aspecto funcional. Robespierre supo palpar un contexto endeble y comprender que la política a menudo exige decisiones que pueden ser éticamente cuestionables. El problema en su doctrina fue revolver e invertir la política en prácticas totalmente opuestas a la virtud. Mientras el régimen de Luis XVI engendraba virtud por mantener el orden tradicional vigente en manos aristócratas,

<sup>2</sup> El "Reinado del Terror" (o "Terror") fue un período de la Revolución Francesa entre 1793 y 1794. Durante este momento histórico, el gobierno revolucionario, liderado por

Maximilien Robespierre, adoptó medidas drásticas para consolidar la revolución y suprimir a los enemigos del régimen.

la sabiduría no le alcanzo para adaptarse a los cambios en el bloque de poder que impulsaron la Revolución Francesa. Por consiguiente, mientras Robespierre poseía la sabiduría para dirigir a las masas convirtiéndose en un líder influyente, este también se olvidó de representar el *areté* (virtud) al momento de socavar la condición humana y permitirse embriagar de poder; momento que justamente lo llevaría a morir como a un tirano. Esta reflexión probablemente invita a pensar en una receta del poder como si de conjugar virtud y sabiduría se tratara; no obstante, lo cierto es que el poder es un ente complejo y dinámico que trasciende permanentemente aquello en lo que se podría catalogar como *más allá del bien y el mal*<sup>3</sup>.

Buscar comprender las fuerzas internas del poder significa deconstruir la política. Si el poder es el *signo ideológico*<sup>4</sup> por excelencia, se entiende que en este perviven conciencias y fuerzas particulares en constante pugna para definirse en él. Desde este marco, el poder se “convierte en un signo capaz de adaptarse a terrenos contradictorios (...) siendo capaz de transformarse en constructor de nuevas maneras de abordar las realidades cargadas de tensiones y de provocar a la vez tensiones productivas de un sentido

nuevo” (Arico, 2016, pág. 50). Por ende, si el signo se reviste de una ambivalencia moral es claro que la acción política actuará en igual forma.

Carl Schmitt señala que la política se define justamente en el conflicto pues es precisamente la cualidad de lucha lo que define la naturaleza de las decisiones políticas y del poder. En su perspectiva, el poder, en lugar de limitarse en determinaciones someras, se interpreta más bien como un instrumento que se define según cómo se ejerza. En consecuencia, la práctica política sería más bien un reflejo de las decisiones tomadas por el líder político demarcadas en su necesidad de ejecución.

La acción política para Schmitt es sobre todo opción, riesgo, decisión, producción de un mito que no deja espacio libre y que compromete al sujeto imponiéndole la elección (...) La guerra se convierte de tal modo en el momento y en el lugar de definición de la naturaleza “existencial” del comportamiento político (...). (Arico, 2016) “La posibilidad real de la lucha, que debe estar siempre presente para que se pueda hablar de política” (Schmitt, 2013, pág. 29). Ignorar la naturaleza conflictiva del poder y su naturaleza indeterminada supone una desconexión completa con la realidad que difícilmente conservará el carácter

<sup>3</sup> *Más allá del bien y el mal (1886)*, obra de Friedrich Nietzsche. Obra que desafía las nociones convencionales de moralidad, trascendiendo la dicotomía entre el bien y el mal; y mediante la que se procede a realizar el análisis ético del presente texto.

<sup>4</sup> El *signo ideológico* es un concepto desarrollado por Vladimir Volóshinov, en su obra "La semiótica de la lengua". Este concepto se refiere a la relación entre el signo (como una palabra o símbolo) y su significado en el contexto social e ideológico en el que se utiliza.

ilustrado en su aplicación. Como se ha observado, un líder que no comprende la ambivalencia del poder está condenado a fracasar permitiéndose enajenar completamente por él. Si bien en un comienzo logre detener el poder, en su momento lo perderá si no sabe conservarlo; así se convertirá en maldición, pues no existiría mayor objeto de infortunio que el detentar el poder y ejercerlo para extraviarlo.

**El Príncipe ¿te enseña o te advierte? Miedo, individualismo y engaño: consideraciones emergentes para una ética gobernante**

“Maquiavelo es el Frankenstein del renacimiento: trata de darle vida a un príncipe a partir de retazos fantasmas de personajes que tuvieron su lugar y contexto en la historia de la humanidad” (Casasola, 2011, pág. 29). Se puede crear al gobernante perfecto. O eso es más bien lo que Maquiavelo expondría en su célebre tratado, creando la imagen de un Príncipe sabio e incorruptible, incluso del poder. Para convertirse en Príncipe, es crucial dominar la naturaleza conflictiva del poder. En consecuencia, Maquiavelo considera esencial establecer una separación neta entre política y moral, lo que le permite formular una ética clara para que el gobernante engendre una acción política diferente.

Tomando distancia de la ética clásica, Maquiavelo da un salto de paradigma para engendrar nuevas formas de pensamiento

orientadas a definir la política de forma objetiva. Si en términos epistemológicos se podría hablar de un *consecuencialismo* donde el quehacer político se define por sus resultados; para revisar la obra de Maquiavelo habría que considerar partir de una ética completamente supeditada a la política en función de la estabilidad del Estado y del poder. “El que la ética sea realista quiere decir que el gobernante no puede ajustarse a las pretensiones universalistas de cierto tipo de moralidad - ética clásica” (Casasola, 2011, pág. 26), es decir, Maquiavelo busca retirar el extracto moral del obrar político determinando que “ninguna acción política es adecuada o inadecuada en abstracto, sino dentro de condiciones históricas concretas, y son esas convivencias las que determinan la convivencia o no de comportamientos calificados como moralmente buenos” (Casasola, 2011, pág. 31).

Maquiavelo, desde un enfoque teórico y práctico, muestra cómo el ejercicio del poder implica dilemas irresolubles. Plantea la tensión entre la acción política y las normas morales, señalando el conflicto que surge al intentar gobernar sin ofrecer soluciones definitivas. Esto lleva a reflexionar sobre si realmente es posible observar la acción política de Maquiavelo dividida en dos esferas, como si se tratara

de la *cosa en sí*<sup>5</sup>. Así como Kant sostiene la imposibilidad de conocer más allá de los fenómenos que conforman la realidad, Maquiavelo también reconoce que es viable encargarse únicamente de los asuntos prácticos de la política y, por ende, en los fines que se materializan, sin considerar las intenciones subyacentes y fenomenológicas que los inspiran.

Aun considerando la naturaleza antiética de la política, Maquiavelo fue claro en advertir sobre el bien y en actuar de maneras calificadas en la medida de lo posible. En este sentido, es importante que el Príncipe aprenda a “no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal si se ve obligado” (Maquiavelo, 2014, pág. 31). Maquiavelo fue astuto al conjugar fines y Estado como productos de una relación inherente, ajena a razonamientos morales. Por ello, su obra maestra ha sido interpretada como un manual perverso, destinado realmente a quienes sepan apreciar su doctrina del poder. Desde esta perspectiva, su obra mantiene, incluso entre sus páginas, la esencia misma de los procesos dialécticos. Mientras Maquiavelo se dedica a “ese peligroso ejercicio de querer enseñar a los príncipes cómo volverse tiranos (...) también enseña al pueblo cómo deshacerse de los tiranos; perpetuando entre sus enseñanzas un ciclo de poder que continúa hasta la actualidad” (Lutz, 2012, pág. 327).

Sin embargo, Maquiavelo también ofrece una lectura más benevolente oculta entre subtextos. Reconoce la importancia de advertir al Príncipe sobre los peligros inherentes al poder. En el contexto en el que surge su obra, la sabiduría que transmite al Príncipe podía ser determinante para su éxito o fracaso, incluso en términos de supervivencia. Maquiavelo supo abordar moralmente algunas de las cuestiones de la acción política a pesar de la naturaleza de su causa y los fines para los cuales buscó conclusión.

Verbigracia, Maquiavelo enseña algunas cuestiones importantes como el valor de la unidad entre el pueblo y su soberano para mantener el Estado protegido de invasores y tiranos; aborda los problemas derivados de la arrogancia, señalando que, si un príncipe ignora las necesidades de sus súbditos, puede enfrentar disturbios. Asimismo, una de las enseñanzas más conocidas en relación con la ética es la paradoja de *si es mejor ser amado que temido o temido antes que amado*. De esta paradoja, se puede concluir superficialmente que la respuesta depende de la sabiduría del gobernante, pues, aunque se aconseja ser temido antes que amado, el príncipe debe equilibrar la capacidad de ser amado y temido en proporciones adecuadas.

<sup>5</sup> La *cosa en sí* (en alemán, "Ding an sich") es un concepto central en la filosofía de Immanuel Kant, especialmente en su obra "Crítica de la

razón pura". Se refiere a la realidad objetiva que existe independientemente de nuestra percepción o conocimiento.

Nace de aquí una cuestión ampliamente debatida: si es mejor ser amado que temido o viceversa. Se responde que sería menester ser lo uno y lo otro: pero puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de renunciar a una de las dos (Maquiavelo, 2014, pág. 114).

Desde el marco fundamental del pensamiento de Maquiavelo, a continuación, se representan algunas de las *apreciaciones éticas*<sup>6</sup> que el autor dispone en la obra, evidenciando una valoración abstracta de la moral y que son visibles en el paso a consecuencias concretas “convirtiendo lo malo en lo bueno como un aspecto determinante de la acción política” (Maquiavelo, 2014, pág. 32).

### **El zorro y el león: la sutileza en el engaño**

Para quienes actúan bajo el influjo del poder existen dos formas de construir su ética: bajo las leyes o bajo la fuerza. “La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda” (Maquiavelo, 2014, pág. 117). Resulta interesante que el florentino haya elegido la analogía de las bestias para representar su teoría de la moral aun

cuando la connotación de las bestias contrasta y se opone regularmente al del signo de hombre y el significado que se ha forjado en él. Habría que comenzar por percatarse de la esencia irracional, primitiva e incluso violenta que Maquiavelo advierte en el hombre considerándolo en un subtexto capaz de obrar como fiera a fin de preservar su existencia. El hombre puede despojarse de su racionalidad y actuar conforme a su naturaleza, o eso es lo que al menos podría considerarse al analizar que en su tratado menciona: “es necesario ser zorro para conocer las trampas y león para amedrentar a los lobos (...) y quien mejor ha sabido ser zorro ha salido triunfante” (Maquiavelo, 2014, pág. 118).

¿Cuáles son las cualidades del zorro de las que carece el león? Maquiavelo se plantea esta problemática desde un preludeo en el que considera al Príncipe un león. El liderazgo y la fuerza son virtudes indispensables en el ejercicio del poder, no obstante Maquiavelo demuestra que grandes príncipes han caído por confiar únicamente en su poder físico y legítimo. En la lectura de Maquiavelo, entonces es importante ensalzar el ingenio y la argucia como único medio para conservar el poder. Ser un zorro implica usar habilidades en

<sup>6</sup> Las *apreciaciones éticas* propuestas para el presente texto se abordarán según la concepción del término “Ética” descrita en el Diccionario Filosófico de Rosental-Iudin (2013), en el que se menciona: ciencia de la moral. Se divide en ética normativa y teoría de la moral. La primera investiga el problema del bien y del

mal, establece el código moral de conducta, señala qué aspiraciones son dignas, qué conducta es buena y cuál es el sentido de la vida. La teoría de la moral investiga la esencia de esta última, su origen, la leyes que obedecen sus normas, su carácter histórico.

interdicto, la persuasión, la elocuencia, el arte de la ilusión pues “es necesario ser un gran simulador y disimulador: parecer leal, clemente, humano, íntegro, devoto y serlo es bueno; pero tener el ánimo predispuesto para irse a otro extremo si fuera necesario” (Maquiavelo, 2014, pág. 118).

No se trata de erigir la mitomanía en un Príncipe, para Maquiavelo lo fundamental es inculcar en este la astucia para saber usarla en diversas circunstancias. Con esto Maquiavelo define que el engaño es parte de política en tanto esta ya es naturalmente una práctica compleja que no se desata en torno a la ética; pues, así como el león y el zorro deben convivir en equilibrio y erigir en el hombre instinto y raciocinio, la trampa y el liderazgo deben ser también principios inherentes en su política para conservar el poder. “Hacer uso de una como de la otra en momentos equivocados impedirá al soberano alcanzar los fines previamente planeados. Asimismo, (...) Maquiavelo crea conveniente no optar por un único proceder, ya que el mismo lo llevaría al fracaso” (Andrada, 2010).

A. Es mejor ser amado que temido o temido antes que amado: las tácticas del miedo.

Ante el dilema de si es mejor ser amado que temido o temido antes que amado Maquiavelo responde “que sería menester ser lo uno y lo otro; pero, puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de renunciar a una de las dos”

(Maquiavelo, 2014, pág. 114). Es evidente que esta máxima resalta una visión utilitaria en la teoría moral de Maquiavelo fundamentada en el miedo como una herramienta más efectiva en comparación con el amor. Mientras que el amor es una condición volátil, el miedo se presenta como un instinto de supervivencia al que el ser humano, por naturaleza, siempre responderá.

La razón de la superioridad del miedo frente al amor no es otra que la lógica de la autosuficiencia. Para él, el miedo se basa en el castigo que el príncipe puede imponer a sus súbditos. Depende, por tanto, de lo que les es propio. El amor, por el contrario, deriva de un vínculo que los hombres “rompen a la primera oportunidad por su propia utilidad (Morales, 2023, pág. 620)

Pero, ¿en qué formas debe presentarse el miedo? Maquiavelo no es explícito en este punto, aunque sí es claro en advertir la necesidad de infundir un miedo justificado. El Príncipe debe actuar con inteligencia para presentar su figura de tal manera que se respete su autoridad sin generar odio, ya que, a la larga, esto podría llevar al desprecio, un sentimiento del que debe preocuparse más que del odio. En términos generales, Maquiavelo intenta proponer un uso virtuoso del miedo, considerándolo como un instrumento capaz de conservar el poder de una república, incluso cuando los métodos empleados, como el castigo y la represión, no sean aquellos moralmente esperados.

Maquiavelo aconseja a los príncipes infundir no es el de un tirano caprichoso que reduce a sus súbditos a la desesperación y los incentiva a rebelarse, sino un miedo “razonable” a una autoridad bien ordenada, que regula la conducta de los individuos forzándolos a ser. (...) La idea detrás de este mecanismo es la presencia del castigo, un concepto que, como explica Benner, para Maquiavelo está vinculado íntimamente con la ley y la justicia (...) El miedo a estos castigos establece límites al comportamiento de los individuos, pero deja espacio para el ejercicio de la libertad y la razón. Por el contrario, el temor que produce obediencia ciega a costa de imponer terror y ofensas continuas es dañino para cualquier gobierno (Morales, 2023, pág. 621)

B. Quien propicia el poder del otro, labra su propia ruina: la condición de la bondad.

A lo largo del capítulo III, Maquiavelo diserta sobre los principados mixtos analizando los diferentes medios de conformarlos y varios mecanismos de control para asegurar su legitimidad concluyendo que “quien propicia el poder del otro, labra su propia ruina, puesto que dicho poder lo construye con astucia o con fuerza y tanto la una como la otra, resultan sospechosas al que ha llegado a ser poderoso con su ayuda” (Maquiavelo, 2014, pág. 115)

La frase, a más de advertir una teoría moral basada en el individualismo, revela cierto

celo atípico sobre los criterios de la bondad. Si se tratase de realizar una lectura más precisa adentrada en una filosofía humanista, habría que citar a Nietzsche en su consideración moral sobre quienes obran con bondad e inspiran compasión. Bastaría con mencionar que, para las cuestiones políticas, proceder con indulgencia y con ánimo cooperativo representa consecuencias directas en su liderazgo, pues como mencionaría Nietzsche “una alta inteligencia y un corazón muy sensible no pueden conciliarse en una persona: el sabio está por encima del bien” (Nietzsche, Humano, demasiado humano, 2007, pág. 157). Para el Príncipe, sabiduría y bondad se tornan incompatibles pues, así como este no debe armonizar la victoria de sus enemigos, ser indulgente con su propio pueblo fomentaría la rebelión, el descontrol y el desacato de una autoridad que permanecería en entredicho.

Cristo, que fue muy sensible y muy bueno, quería el embrutecimiento de los hombres, la protección de los débiles. El sabio, quiere lo contrario. Si el Estado exagera su oficio de proteger a los individuos, caerá en el extremo contrario, en la supresión de la individualidad. (Nietzsche, Humano, demasiado humano, 2007, pág. 157)

Por otro lado, Maquiavelo enfatiza que el Príncipe debe limitar su acción política relacionada con la bondad si no quiere ser destruido por su propia clemencia. En el ámbito exterior, demasiada indulgencia puede ser vista como debilidad y falta de

autoridad, ya que quien no sabe dar un trato adecuado a sus enemigos terminará por incitar la envidia y los excesos de otros principados. Así lo menciona Maquiavelo, al señalar ejemplos de la historia en los que “la experiencia ha mostrado, en Italia, su poder y el de España le ha sido dado por Francia y la ruina de esta a su vez causada por aquellas” (Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, 2007, pág. 67).

Desde el marco constitutivo y ejemplificativo de la ética de Maquiavelo, se concluye en esta sección que existe un vasto sistema de interpretación sobre los principios permitidos o no dentro de la acción política, entendidos como fines sin ninguna distinción moral o consideración valorativa y filosófica. La apreciación de la política que se ofrece en *El Príncipe* manifiesta una versión simplificada de la ciencia política, ya que no deja cabida a condicionamientos exteriores al mismo poder. Los comportamientos calificados como moralmente buenos se convierten en una forma de desconocimiento de la praxis política y del poder, pues es la ignorancia sobre su naturaleza y la del hombre lo que lleva a catalogar la política sin mirar más allá de lo que le corresponde; el hombre es un lobo para el hombre, y la necesidad de poder no es más que una reacción contra el mal.

### **El Problema del Mal: una virtud en disonancia**

En este análisis del problema del mal se retoman los planteamientos de Maquiavelo

previamente discutidos, donde se evidencia que la praxis política, al separarse de la moral tradicional, genera dilemas éticos y decisiones con consecuencias inevitables. Los consejos y reflexiones del autor proporcionan una base conceptual para entender cómo el mal se manifiesta en el ejercicio del poder y cómo los gobernantes enfrentan estas tensiones, reforzando así la continuidad del análisis desarrollado en apartados anteriores.

A pesar de que la concepción tradicional de la obra de Maquiavelo se ha interpretado desde una perspectiva despótica, *El Príncipe* es más bien un constructo teórico basado en una intensa reflexión sobre las motivaciones por las que los hombres optan en diversos mecanismos antiéticos para acceder al poder. En términos generales, Maquiavelo más bien, impulsó un sistema de acción política cimentada en el estudio de los eventos históricos de los cuales supo extraer los diversos frutos dialécticos de una pugna por el poder. Claro que, con esto, Maquiavelo no hace más que señalar que “ni el bien ni el mal son fuerzas autónomas de la historia, sino partes de un todo en el que nunca se puede predecir nada” (Delgado, 1999, pág. 254), de tal forma que más bien reconoce y parte adecuadamente de una mirada profusa sobre el hombre y su condición natural. El miedo, el egoísmo y el engaño representados anteriormente, retratan la situación primigenia e instintiva que, para

Maquiavelo, así como para Hobbes representan una imposibilidad a sustraer. Desde esta perspectiva, y en la interpretación del florentino, se vislumbra una mirada del poder que erige en una metáfora trastocada en un campo de juego para las ambiciones propias del hombre y de la crueldad que lo habita. “Si para la política el mal nace de la inevitable ambición de los hombres, la crueldad como la traición no pueden ser más que consecuencia natural del mal” (Maquiavelo, 2014, pág. 261); y es de aquella forma en la que Hobbes consideraría que tanto la crueldad, así como todos los comportamientos productos del mal, son manifestaciones a controlar tanto en el gobernante como en su pueblo. Para fines correctivos en los gobernados, el mal debe ser coaccionado antes de convertirse en caos: para fines correctivos en el gobernante, el mal es una cuestión inconmensurable que no debe reprimirse sino más bien desatarse.

Previamente señalado por Nietzsche, y sin pasar por alto la estrecha relación que se ilustra entre el filósofo y Maquiavelo, el mal es concebido aquí desde perspectivas realmente alejadas de la episteme occidental tradicional. Si para Maquiavelo el mal es un medio necesario ante un estado prácticamente natural que necesita ser coaccionado, para Nietzsche, el mal no

es solo un medio, sino también una de las más grandes expresiones de poder, de la vida misma y de la *voluntad de poder*<sup>7</sup>. Si se profundizan ambas visiones, se obtendría como resultado una ardua crítica a la moral por parte de ambos autores. La misma concepción del mal muestra un desajuste conceptual, o más bien cultural, con el que enfrenta la moral instituida por el pensamiento de antaño. Sin embargo, tanto Nietzsche como Maquiavelo logran develar las tácticas de manipulación con las que la moral somete en realidad al hombre, pues, como menciona el filósofo: La moral solo surge después de la coacción aún más, ella misma sigue siendo durante algún tiempo una coacción que se imponen los hombres para evitarse cosas desagradables. Luego se convierte en costumbre, más tarde en obediencia libre y, por último, casi en un instinto; entonces como sucede con todo lo que se ha convertido en habitual y natural desde tiempo atrás, se vincula al placer y toma el nombre de virtud (Maquiavelo, 2014, pág. 74)

Desde esta perspectiva, definir el mal en términos utilitarios, legitima cualquier acción política y, además, cuestiona por completo el sistema de valores con el que se engendra la concepción misma del bien y del mal. El príncipe debe entender esto, pues para él, el poder debe ser la primera

<sup>7</sup> La *voluntad de poder* es un concepto de Nietzsche que describe el impulso fundamental de los seres humanos para crecer, dominar y superar obstáculos. Este concepto abarca no

solo el poder político, sino también la ambición y la creatividad como expresiones de la vida misma.

manifestación de un fin, y su única guía debe ser la utilidad. Este entendimiento es lo que lo diferenciará de quienes no pueden acceder al poder; comprender que la sabiduría sobre el poder es el poder.

Aun cuando el mal ha sido y permanece como una concepción en construcción, Maquiavelo intenta justificar el uso de la violencia y la manipulación en el juego del poder. Pero no solo lo hace desde la base en que, como propondría Nietzsche “el individuo puede tratar a otros seres con crueldad con finalidad de asustarlo; lo que pretende es asegurar su vida haciendo manifestaciones de su poder. Así actúa el poderoso, el fundador del Estado primitivo. Tiene derecho a hacerlo” (Maquiavelo, 2014, pág. 74), sino que más bien partiría de una connotación en la que el uso del mal de quien posee el poder es una reacción intuitiva al mal individual y colectivo que se traduce genuinamente en el poder del hombre. Así Maquiavelo aconsejaría al Príncipe:

No puede, un señor prudente guardar fidelidad a su palabra cuando la fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero, puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra, tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya. (Maquiavelo, 2014, pág. 117)

Siendo el mal una expresión paradójica y cuestionable, especialmente al reflexionar sobre un sistema moral que aún se

desentraña en diversas construcciones del conocimiento, es importante señalar que su naturaleza subjetiva y ambivalente impide ofrecer una apreciación unívoca para juzgar los actos de la praxis política y la obtención del poder. Para los fines de este análisis, definir su significado podría llevar a una disputa ideológica en la que categorizar lo correcto e incorrecto se complicaría al contrastar con sus fines y objetivos finales.

Por tanto, y en consonancia con la ética de la gobernante entendida en este texto, el Príncipe debe enfrentar el mal como un problema sin solución, ante el cual solo puede reaccionar y protegerse. Este enfoque, que se alinea con un pesimismo realista, lleva a Maquiavelo a adoptar una visión cruel del poder, aun cuando prime la intención de retratar a un Príncipe con voluntad de poder, donde el mal sea objeto de afirmación, producto de transvaloración, y se traduzca en bueno, pues “¿qué es lo bueno? Todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder en sí” (Nietzsche, *El Anticristo*, 2014, pág. 8)

### **Discusión y consideraciones finales**

Tras el enriquecedor diálogo con pensadores como Maquiavelo, Strauss, Schmitt, Nietzsche, Bobbio, Arendt y Delgado, este análisis permite destacar cómo el poder político y social inevitablemente enfrenta tensiones éticas. Las reflexiones de estos autores muestran que la moralidad, por sí sola, no garantiza

la justicia ni la bondad en la praxis política, y que los actos de quienes detentan el poder deben evaluarse por sus efectos reales en la sociedad, más allá de los discursos de virtud o benevolencia.

Si bien *El Príncipe* establece las bases de un análisis que busca develar cómo se erige una ética para el gobernante, distinta de la moral tradicional, es en el pensamiento de los intelectuales donde emergen propuestas y comprensiones agudas que cuestionan y desafían la naturaleza humana en su búsqueda y acercamiento al poder. En consecuencia, en el diálogo que intenta resolver la pugna ideológica y práctica inherente al poder, apenas se vislumbra el nacimiento de un sistema ético en el que las nociones de bien y mal implican una mutación tanto en su praxis como en su consideración.

Desde esta perspectiva, es crucial que un príncipe mantenga la templanza necesaria para enfrentarse al mal, así como para reconocer las circunstancias en las que debe recurrir a él. Ante una práctica completamente antiética, el príncipe deberá construir un mecanismo efectivo de valores que trascienda la dicotomía del bien y el mal. Así como el poder se afirma a sí mismo al gobernar y ejecutar, su naturaleza también exige que se instale en su regente, llegando incluso a quitarle su autonomía. En dicho sentido, debe aprender que el hombre es, por naturaleza, un ser predispuesto al mal, y también debe aceptar el mal que, por ser príncipe, reside en él.

El príncipe al que se dedica esta reflexión debe materializar una doctrina difusa, aunque necesaria. Destinado a iluminar los fardos indescifrables en los que se hunde su poder, habrá de preservarse con sabiduría y la clarividencia que le arrojan los errores del pasado. La experiencia muestra que el poder puede convertirse en una carga pesada si se ignora su verdadero significado. Así, ser poderoso se resuelve como una prerrogativa infundada que se trastoca en una decisión: una elección entre anatema y expiación.

### Referencias

- Andrada Zurita, C. (2016, 23-26 de noviembre). La analogía de la zorra y el león en la obra *El Príncipe de Maquiavelo* [Ponencia]. XVI Jornadas Nacionales de Filosofía y Ciencia Política, Mar del Plata, Argentina: Universidad Nacional de Mar del Plata. Disponible en <https://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/5085>
- Casasola, R. (2011). De cómo Nicolás Maquiavelo construye un ideal ético. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 49(126), 25-36.
- Escalante, P. F. (2016). La Conducta Política de Luis XVI durante la Revolución Francesa: Una revisión desde la perspectiva de la historia conceptual. *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, (5), 267-296. Disponible en

- <https://ojs.ehu.eus/index.php/Ariadna/article/download/14231/Escalante/63119>
- Knoll, M. (2017). Aristóteles y el Pensamiento Político Aristocrático. *Revista de Filosofía*, 73, 87-106. Disponible en <https://www.scielo.cl/pdf/rfilosof/v73/0718-4360-rfilosof-73-01-00087.pdf>
- Lutz, B. (2012). La pasión del poder: Teoría y Práctica de la Dominación. *Política y Cultura*, (37), 323-329. Disponible en <https://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n37/n37a16.pdf>
- Maquiavelo, N. (2014). El Príncipe. Quito: Colección Antares.
- Morales, C. (2023). El Mayor Señor que puede encontrarse: sobre la virtud de temer y hacerse temer en Maquiavelo. *Foro Internacional* 63(4), 605-638. DOI: 10.24201/fi.v63i4.3009. Disponible en <https://www.scielo.org.mx/pdf/fi/v63n4/0185-013X-fi-63-04-605.pdf>
- Nietzsche, F. (2007). Humano, demasiado humano. Buenos Aires: Gradifco.
- Nietzsche, F. (2014). El Anticristo. Madrid: Edimat S.A.
- Olszewicki, N. M. (2014). Robespierre y Sade: ética, Estética y Política en el ocaso del siglo de las luces. *Revista de Literaturas Modernas*, 44(2), 123-151. Disponible en [https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos\\_digitales/6850/05-olszewicki-rlm44-2.pdf](https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/6850/05-olszewicki-rlm44-2.pdf)
- Ricca, G. (2016). *Nada por perdido: política en José María Aricó: un ensayo de lectura*, Río Cuarto: UniRío Editora. Disponible en [https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/16595/1/Nada\\_por\\_perdido.pdf](https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/16595/1/Nada_por_perdido.pdf)
- Schmitt, C. (2013). El Concepto de lo Político: teoría del partisano, Notas complementarias al concepto de lo político. Madrid: Trotta.
- Velázquez Delgado, J. (2020). El problema del mal en la filosofía política de Nicolás Maquiavelo. *Cuadernos Sobre Vico*, (11-12), 253-266.